LABERINTO SIN FINAL

por Alberto S. Insúa

autor de «UNA GOTA DE SANGRE EN LA BLANCURA DE TU PIEL (I)», «LA HORA DEL DESQUITE», «EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS» y «CRIMEN POR MISERICORDIA»

«Una de las escuelas de Tlön llega anegar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino recuerdo presente. Otra afirma que mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado y que así cada hombre es dos hombres».
J. L. Borges «Ficciones»

Abro los ojos y me enfrente con una totalidad blanca, difuminada. Sólo sé que veo, que mi visión no es nítida y que ese color es el blanco. Giro ligeramente los ojos —sé también que tengo ojos y que me sirven para ver— y la totalidad se fracciona: surgen dos esquinas y seis aristas que fraccionan el blanco: mi vista se va aclarando y percibo tres, cuartro, y finalmente cinco superficies; cuatro de ellas son blancas, perpendiculares tres a tres. La quinta, situada debajo, es de color marfil; recuerdo: marfil, color blanco amarillento, tejido dental de los mamíferos, colmillos de elefante... Hay dos superficies que son verticales, y descubro en ellas dos diferentes discontinuidades de un material distinto y forma rectangular. Comienzo a asociar: madera, cristal, puerta, ventana, paralelepípedo y punto de vista interno: habitación. Estoy dentro de una habitación. Tanteo, y descubro a la vez que tengo manos y el tacto de la tela. Giro lentamente la cabeza y veo el suelo desde lo alto y unos finos cilindros blancos, paralelos, detrás de mí. Continúo asociando mis percepciones y mis ideas: tela blanca, barrotes blancos, media altura, posición supina. Estoy en una cama.

Todo resulta sorprendente. No sé nada, no recuerdo nada, y sin embargo, conozco las cosas a medida que las voy descubriendo. Sé que estoy en una habitación blanca, iluminada de forma artificial, ¡¡¡tumbada!!! en una cama blanca. No necesito mirar mi cuerpo, desnudo bajo la sábana, para saber que soy una mujer.

La puerta se abre. Entra otra mujer. Sonríe. Va vestida de blanco: la bata, la cofia, las medias, los zapatos. Esas palabras, que ahora recuerdo, se agolpan en mi cabeza junto con las ideas y objetos que representan generando asociaciones que se suman a las ya recordadas. Antes de que la mujer abra la boca y mueva los labios dirigiéndome la palabra, descubro que se trata de una enfermera. Deduzco de ello que estoy tumbada en la cama de un hospital.

Ahora la mujer me habla en un idioma cuyo nombre desconozco, pero que es el mismo en el que yo pienso. Su acento en cambio me resulta diferente y peculiar.

—¿Qué tal se encuentra? Ya veo que bien. No tiene que preocuparse. Una ligera conmoción, nada grave. Sólo estuvo inconsciente una media hora. Luego le aplicamos un sedante y ha dormido profundamente seis horas más.

Calla, esperando mi respuesta. Yo sonrío. No sé qué decir. Ella no parece extrañarse de mi silencio.
—Debe estar hambrienta. En seguida traerán algo. Cosas ligeras, claro. Un poco de caldo o zumo de frutas. ¿Recuerda como fue el accidente?
Calla de nuevo. Esta vez intento responder. Escucho, sin reconocerla, mi propia voz.
—No, no recuerdo nada.
—Bueno, no se preocupe, no tiene importancia. Sucede a veces. Creo que el carro sólo sufrió algunas abolladuras. Nada importante. El seguro se ocupará de todo. De administración mi dicen que no pudieron encontrar los documentos del auto ni los suyos personales. Deben estar en la cartera que usted llevaba, pero como tiene cierres de seguridad no han querido forzarla. Luego subirán para ver que rellene los formularios.
Me mira. Ahora si parece inquietarse por mi silencio.
—¿Se encuentra bien?
—Sí, claro. Sólo estoy un poco aturdida.
—Es natural. Descanse un poco. Volveré dentro de una hora.
Sale de la habitación. Apenas cierra la puerta, salto de la cama. Descubro un armario empotrado y en su interior un vestido, un juego de ropa interior y unos zapatos de tacón alto. Deben ser míos. Me visto. EL traje carece de bolsillos.
Abro la puerta con precaución y veo ante mí un largo pasillo vacío. Salgo de la habitación, cierro la puerta y camino sin ruido en la dirección de la derecha. Apenas andados unos metros descubro sobre la pared un rótulo de grandes letras rojas: SALIDA. Una flecha señala la dirección contraria a la que yo avanzo. Desando el camino. Hace un momento acabo de descubrir que existe el lenguaje escrito y que sé leerlo.
Recorro pasillos vacíos, me cruzo con personas a las que no extraña mi presencia, bajo escaleras. Trato siempre de guiarme por las flechas. Desemboco por fin en un hall gigantesco y cruzo la puerta que se abre a la calle. Salgo. Me vuelvo para leer el gran rótulo con el nombre del sanatorio: HOSPITAL ESPAÑOL. Bajo el rótulo un número: 2.975. Me alejo. En la primera esquina leo un nombre sobre una placa: Avenida Belgrano. Leo otros nombre en las calles perpendiculares a medida que las atravieso: Catamarca, Jujuy, Misiones, Saavedra... Son nombres vacíos que no hacen aflorar en mí ningún recuerdo.
Me he detenido ahora junto a lo que supongo es un quiosco de prensa. Leo las cabeceras e los periódicos: *Clarín, Crónica, El Cronista Comercial, La Razón, La Prensa, La Nación*... bajo todas ellas aparece el siguiente epígrafe: Buenos Aires, 17 de enero de 1981. Me asalta el recuerdo: Argentina-Buenos Aires, Paraguay-Asunción, Uruguay-Montevideo, Chile-Santiago... Son nombre conocidos de ciudades y países pero no logro extraer ningún recuerdo más que los acompañe. Hay un detalle que me desconcierta. Al leer enero lo he asociado con invierno-frío-nieve. Pero yo siento calor, mi vestido y el de las personas que pasan sin ligeros, debemos estar en verano. Paso a leer uno de los grandes titulares: La Junta de Comandantes designará antes de marzo el sustituto del general Videla. Más abajo, en la misma página leo la cabecera de un recuadro: Arte, Literatura. MACEDONIO FERNANDES. Por J. L. Borges. Videla, Macedonio, Borges, todos nombres vacíos. Escucho una voz a mi espalda.
—¿Desea algo?
Me vuelvo. El hombre del quiosco me mira con reprobación.
—No, nada. Sólo estaba mirando.
Me alejo. Escucho su comentario despectivo.
—¡Lista la mina! ¡Es de las que leen sin aflojar la plata!
Comprendo lo que ha querido decir, pero su lenguaje me resulta chocante. No es el mío. Plata-dinero. No tengo dinero. Las cosas se compran con dinero y yo no tengo.
Continúo por una calle perpendicular y cruzo una gran avenida. Leo su nombre: Rivadavia. Algunas calles más allá desemboco en otra: Corrientes. En la acera por donde camino hay grandes portalones. Deben ser cinematógrafos. Hay otros más en la acera de enfrente. Rótulos luminosos, ahora apagados, anuncian los títulos de las películas: *Superman II, Gente corriente, Moonraker, Alien, Viernes 13*... No recuerdo haber visto

ninguna de ellas.
Llevo andando mucho tiempo y comienzo a estar cansada. Siento el estómago vacío. Hambre y sed a la vez. Evito mirar los escaparates de los restaurantes y los pequeños quioscos que anuncian refrescos, pizzas, chorizos y empanadas.
He llegado a una plaza; en uno de sus ángulos hay un pequeño parque en el que juegan varios niños. Me dejo caer en un banco, bajo la sombra de un árbol. Hace un calor terrible y cada vez tengo más sed. Cierro los ojos; al abrirlos hay una sombra frente a mí. Levanto la vista. Hay un hombre que me mira. Consulta el reloj. Exclama:
—Quince minutos de retraso. Vamos, la están esperando.
Le miro sorprendida, pero me levanto como un autómata. Doy apenas unos pasos y él abre la portezuela de un automóvil. Subo y se instala a mi lado. El chófer arranca.
Mi compañero permanece en silencio mientras el coche rueda a bastante velocidad. Hemos dejado atrás el centro de la ciudad y el paisaje urbano ha cambiado de aspecto. Las calles son más estrechas, y las casas son ahora villas ajardinadas rodeadas de tapias altas.
El automóvil penetra por una gran verja de hierro que se cierra tras nosotros. Rueda todavía un centenar de metros por un camino de gravilla y se detiene ante la puerta de un chalet. El chófer uniformado desciende con rapidez y me abre la puerta. Bajo del coche. Dejo que mi acompañante me conduzca a través de un halla que desemboca en un salón en el que aguardan otros tres hombres. Son serios, de media edad, y van elegantemente vestidos. No se levantan cuando entro. El mayor de todos me señala uno de los sillones.
—Siéntese.
Me dejo caer en el sillón. Musito:
—Tengo mucha sed. ¿Podría beber algo?
El hombre se dirige a mi anterior acompañante.
—Sirva un refresco a la señora. ¿Coca-Cola?
Me encojo de hombros. De nuevo un nombre que no me dice nada. En seguida tengo frente a mí un vaso repleto de un líquido oscuro y espumoso en el que flotan varios cubos de hielo. Bebo, y el sabor ácido y azucarado me resulta familiar. Apuro el vaso.
El hombre hace un gesto que no llega a ser una sonrisa.
—Estaba realmente sedienta. ¿Desea algo más? No, ¿verdad? Entonces vamos a lo que importa. Veo que trae las manos vacías. Una sabia medida de prudencia. Díganos donde están los papeles e iremos a buscarlos.
—No sé de qué me habla. No recuerdo nada. Tuve un accidente y...
Veo que su cara se demuda al escuchar mis palabras. Luego la sangre vuelve a sus mejillas, tempestuosa. Está francamente indignado.
—Si lo que pretende es más plata está realmente equivocada. No se haga la viva, si me permite un consejo. Este asunto ha costado ya dos vidas y usted es responsable de una de ellas. Una tercera no importa mucho.
Otro de los hombres interviene, interrumpiéndole.
—Espere coronel. Déjeme a mí. La señora va a comprender en seguida. Conocemos sus movimientos, paso a paso. Usted llegó en avión desde Madrid, la noche pasada. Teníamos su foto y la reconocimos en seguida, entre los viajeros. En el aeropuerto hubo un pequeño revuelo. Su anterior enlace llevaba a cabo un juego doble y tuvimos que eliminarlo. Usted aprovechó la confusión para escapar. El chófer del viejo la estaba esperando. En su casa él le hizo entrega de los papeles y usted le mató. No era necesario, pero lo pasaremos por alto. Incluso hemos borrado las huellas de su presencia; y sabe, su bolso y sus documentos falsificados. Escapó con el coche y ese fue el momento en que la perdimos. Como teníamos una cita concertada no nos preocupó demasiado...
El tercero de los hombres interviene.
—Como ve, sabemos perfectamente casi todo lo que sucedió. Hay sólo ocho horas en blanco. Pensábamos que las había pasado en el hotel, descansando. Usted cuenta ahora la extraña historia de un accidente. Bueno, es posible. Pero la policía no tiene registrado su nombre para nada. Nos habrían avisado de inmediato. Investigaremos, de todas

formas. Siga con su historia. Tuvo un accidente y…

Miro a los tres, uno a uno. Aguardan mis palabras con ansiedad.

—Quedé inconsciente. No recuerdo nada. Desperté en la cama de un hospital…

—¿Qué hospital?

El que me ha preguntado es de nuevo el mayor de los tres.

—El Hospital Español.

—¿Y los papeles?

—La enfermera habló de una cartera con cierres de seguridad…

Los tres hombres se levantan. El primero de ellos se dirige a mí y luego al hombre que me acompañó desde el parque.

—Investigaremos en el hospital. Usted se quedará aquí, esperando. Vigílela.

Salen. El hombre se siente frente a mí. Saca una pistola y la coloca sobre sus rodilla. Me dice:

—Por favor, pórtese bien y no haga tonterías.

Trato de sonreír.

—Favor por favor, ¿puede darme algo de comer? Estoy desfallecida.

Se levanta. Va hasta el mueble bar y regresa con un paquete de galletas saladas y otro de frutos secos. Rellena mi vaso con más Coca Cola.

Como y bebo en silencio. Luego cierro los ojos. Seguramente me duermo.

Me despierta el timbre del teléfono. El hombre lo ha descolgado y escucha atento. Cuelga y me mira.

—En el hospital no hay ninguna ficha a nombre a su nombre. Nadie sabe nada de la cartera.

Mientras habla oprime con fuerza la culata de la pistola. Comprendo que corro un serio peligro.

Del jardín llega el ruido de un automóvil que arranca. El hombre gira la cabeza… y yo le estrello en la nuca la botella vacía de Coca Cola. Rueda por el suelo.

Es cuestión de un segundo que salga del salón, atraviese el hall y franquee la puerta que lleva al jardín. Corro desesperadamente hacia la verja de hierro. La puerta está cerrada, pero junto a ella, en la planta que soporta sus goznes, hay un juego de botones. Oprimo el de color verde y se abre con un chasquido.

Corro ahora por la calle. Al girar una esquina descubro un coche estacionado. Voy a retroceder, cuando la puerta derecha se abre y una voz me grita imperiosa:

—¡Vamos, sube!

Sin saber por qué obedezco y entro en el coche. Arranca sin darme tiempo a cerrar la portezuela.

El automóvil marcha a toda velocidad. Miro al conductor. Es un hombre joven, bien parecido. Comienza a hablar de forma apresurada y un tanto singular.

—Escapaste por los pelos. Sabés, amor, lo tengo todo previsto. Esta noche, a las tres, hay un vuelo de Air France para París. Tengo un boleto reservado y un pasaporte en regla. Falso, por supuesto. Hay también unos dólares, no muchos, los que pude reunir. Vos tomás el vuelo y me esperás en París, en nuestro nido. Yo creo poder salir en una semana. Tengo amigos que me ayudan. Pasaporte diplomático, ya sabes.

Ha detenido el coche junto a un motel. Descendemos. Comienza a anochecer, y a lo lejos se vislumbran las luces del aeropuerto. El pone en mis manos un bolso negro. Entramos en el motel.

La habitación es pequeña, impersonal. Hay una sola cama, de matrimonio. Nada más cerrar la puerta me toma en sus brazos y comienza a besarme. Yo me dejo hacer, sin participar. Se separa y me mira con extrañeza.

—¿Qué pasa? Ah, ya sé, estás nerviosa, han sucedido demasiadas cosas. Pero, ¿vos me querés? Decímelo, ¿me querés?

—Sí, claro. Claro que te quiero.

He contestado sin pensar. El me abraza y comienza a desnudarme. Luego se libera de sus ropas y me empuja sobre la cama. Me besa y susurra en mi oído:

—Es la última noche que pasamos juntos.
Siento que me penetra y comienza a hacerme el amor. Pasa todavía un tiempo hasta que yo comienzo a sentir y me abandono. El placer de ambos llega simultáneo y estalla, borrándolo todo. Luego viene la laxitud y con ella el sueño.
Noto que me agitan y abro los ojos. El está allí, de pie junto a la ventana, ya vestido.
—Apúrate. Es hora de ir al aeropuerto.
Me visto rápidamente. Unos minutos después estamos en el coche rodando a toda velocidad.
Aparca el coche en la zona internacional. Baja conmigo y camina delante, abriendo marcha. Yo le sigo, apretando fuertemente el bolso negro que cuelga sobre mi cadera. Entramos en el hall del aeropuerto. El me encamina hasta el principio de un pasillo y se detiene.
—Aquí nos separamos. Al final del pasillo torcés a la derecha. Cien metros más allá está el control de pasaportes. Junto al boleto llevás la carta de embarque. Todo okay. ¡Chao!
Se da la vuelta y se aleja. Comienzo a andar en la dirección indicada. Antes de doblar el pasillo me vuelvo y veo que dos hombres le han rodeado sujetándole los brazos. Veo como su cara se crispa mientras sus piernas se aflojan. Le sueltan y se desploma, llevándose las manos al pecho.
Tuerzo por el pasillo y corro desesperada. Me mezclo con un grupo de gentes que sale por una puerta acristalada. Van sonrientes y cargados de equipajes.
Sin saber cómo atravieso de nuevo el hall del aeropuerto y me detengo, ya fuera, al borde de la calzada.
Un automóvil se detiene. El chófer desciende y me abre la puerta.
—Suba por, favor. El señor me envía a buscarla.
Dudo un momento, incluso me vuelvo y miro hacia el interior del hall. A lo lejos creo ver a los dos hombres que acaban de matar a mi compañero. Eso me decide. Subo y el automóvil arranca.
Hay un nuevo recorrido, unos nuevos arrabales con palacetes ajardinados y tapias altas, una nueva verja de hierro que se abre y un corto camino de gravilla.
El chófer desciende y me conduce, en el interior de la villa, hasta un lujoso salón.
—Siéntese, por favor. El señor baja en seguida.
Me siento. Sobre la mesa hay una caja de plata. La abro. Está llena de cigarrillos. Enciendo uno, y al hacerlo, una pequeña brasa cae sobre mi vestido y deja en él un diminuto agujero. Aplasto el cigarrillo con fastidio. Es mi único vestido.
Oigo unos pasos a mi espalda. Me vuelvo. Un hombre, viejo y grueso, me mira sonriente.
—Así que ya llegó. Por una vez el vuelo ha sido puntual. En un momento le entrego los papeles.
Toma de un cajón una cartera negra con cierres de seguridad y la abre. Está vacía. Va luego hasta una de las paredes y hace girar un cuadro, descubriendo la puerta de una pequeña caja fuerte. Lentamente va sacando papeles que deposita en la cartera. Luego la cierra con llave y me la entrega.
—Antes de que se vaya me gustaría hacerle unas preguntas. Supongo que comprende la importancia de su misión. Si estos documentos llegaran a manos del coronel y sus hombres, la vida de miles de personas y el porvenir de todo un pueblo estarían en un gravísimo peligro. Cualquier retraso sería también fatal. ¿Me permite ver sus documentos?
Sin esperar respuesta, alarga la mano y toma el bolso negro. Estudia el pasaporte y el billete de avión. Pone cara de extrañeza.
—¿París? No era eso lo convenido. ¿Conserva el billete de ida? No lo encuentro.
—No, no lo tengo —balbuceo.
Ha abierto un cajón y extrae rápidamente una pistola. Me encañona.
—Todo esto es muy extraño. Tal como están las cosas no puedo fiarme de usted. Devuélvame la cartera y comience a explicarse de una forma convincente si es que estima algo su vida.

Le miro a los ojos y comprendo que estoy perdida. Hago ademán de entregarle la cartera, y le golpeo con ella en el brazo que sujeta la pistola. El arma cae al suelo. El retrocede, trastabilla y cae hacia atrás golpeándose la cabeza con el borde de la chimenea. Queda inmóvil en el suelo, mientras la sangre empieza a fluir empapando la alfombra.

Salgo corriendo del salón, atravieso el hall y abro la puerta que da al jardín. El coche está detenido junto a la puerta de entrada, vacío y con las llaves puestas. Me siento en el asiento del conductor. En ese momento descubro que tengo en mi mano, aferrada, la cartera negra. La lanza sobre el asiento trasero y pongo el coche en marcha. Conduzco lentamente por el camino de gravilla y veo ante mí la verja abierta. Antes de traspasarla oigo gritos a mi espalda. Miro por el espejo retrovisor. El chófer corre hacia mí, empuñando una pistola. Acelero y escucho un disparo. AL salir de la villa ruedo unos cien metros por una calle silenciosa, doblo una esquina y escucho el ruido de un automóvil que se pone en marcha. En seguida veo dos faros deslumbrantes clavados en el retrovisor. Me persiguen. Acelero y ruedo a toda velocidad por las calles desiertas y oscuras. No sé cómo desemboco en una autopista. Me lanzo a toda velocidad, alejándome del coche negro de mis perseguidores. A la salida de una curva me desvío por un camino lateral. Entro en él derrapando. Recorro todavía un kilómetro y ante una nueva curva descubro que voy a demasiada velocidad. Trato de frenar. Hay unos faros que me deslumbran, y me siento impelida hacia delante…

Abro los ojos y me enfrento con una totalidad blanca, difuminada. No sé nada, no recuerdo nada, y sin embargo conozco las cosas a medida que las voy descubriendo. Estoy en la cama de un hospital. Entra una enfermera. Me dice algo sobre un accidente. Tengo que rellenar unos formularios. En el coche llevaba una cartera negra con cierres de seguridad que ellos no han abierto. Sale de la habitación. Apenas cierra la puerta salto de la cama. EN un armario empotrado descubro un vestido colgado. Debe ser mío. Tiene una pequeña quemadura producida tal vez por un cigarrillo. Me visto. Salto a la calle. Camino.

He llegado a una plaza con un pequeño parque en el que juegan varios niños. Me siento en un banco. Cuando levanto la vista hay frente a mí un hombre que me mira. Consulta el reloj y exclama:

—Quince minutos de retraso. Vamos, la están esperando.

Me levanto como un autómata. Doy apenas unos pasos y él abre la portezuela de un automóvil. Subo. El chófer arranca…